

ESCUCHAR

Alexandra Délano Alonso

The New School for Social Research

Quiero expresar mi más profundo respeto y reconocimiento a los luchadores sociales, que son quienes han llevado la lucha incansable en el terreno, han alzado la voz para que la sociedad conozca lo que está sucediendo en todo el país, y para que el gobierno y la sociedad asumamos una responsabilidad.

La lucha responde a una necesidad imperante de encontrar respuestas, de crear los espacios que faltan para que se dignifique a las víctimas, para que se creen protocolos, leyes, infraestructura institucional para responder a quienes llevan años y hasta décadas esperando que haya justicia; para que las víctimas que se siguen sumando no enfrenten esta misma situación en la que son vistos como delincuentes, y en la que sus familias no son reconocidas. Su reclamo es tanto una visión del presente como de un futuro en el que nadie más tenga que vivir el dolor que ellos llevan marcado. Su lucha es un llamado para recuperar los espacios que hemos perdido, los espacios que han cedido al miedo y al horror de la violencia, espacios desde donde se pueden imaginar y crear respuestas para reconstruir el tejido social, recuperar una visión de comunidad, hilar otro presente, otros futuros.

Escuchar a los afectados y a las víctimas es un primer paso para construir esa paz de múltiples significados. Lo dijo Javier Sicilia en su discurso en el Zócalo capitalino el 17 de abril de 2011:

Son esas grietas, esas heridas abiertas, y no las grandezas de nuestra casa, las que también nos han obligado a caminar hasta aquí, entrelazando nuestro silencio con nuestros dolores, para decirles directamente a la cara que tienen que aprender a mirar y *escuchar*, que deben nombrar a todos nuestros muertos —a esos que la maldad del crimen ha asesinado de tres maneras: privándolos de la vida, criminalizándolos y enterrándolos en las fosas comunes de un silencio ominoso que no es el nuestro—; para decirles que con nuestra presencia estamos nombrando esa infame realidad que ustedes, la clase política, los llamados poderes fácticos y sus siniestros monopolios, las jerarquías de los poderes económicos y religiosos, los gobiernos y las fuerzas policiacas han negado y quieren continuar negando.

¿Cómo creamos esos mecanismos para escuchar las voces de la comunidad organizada y de los individuos, con dignidad, con empatía, con acciones? ¿Quién los tiene que escuchar y cuál es el mensaje? ¿Qué hay que escuchar y cómo escucharlo? ¿Cómo logramos que los diálogos que se dan no sean una simulación sino un espacio constante para re-imaginar y reconstruir?

Carlos Fong lamenta que hasta ahora no hayamos logrado construir un movimiento nacional por la paz, a pesar de la gran convocatoria que tuvo el movimiento encabezado por Sicilia y los familiares de víctimas en 2011. Pero lo que nos demuestran los testimonios recogidos en este libro es que a pesar de los límites de esa movilización nacional se han construido desde hace tiempo movimientos y soluciones desde el ámbito local. Para entender estas acciones, para apoyarlas e impulsar otras, se nos habla de la importancia de prestar atención al imaginario ciudadano: escuchar para entender cuáles son sus percepciones, sus emociones, en quién confían, cómo trabajan para buscar soluciones. La paz no significa lo mismo en todos lados.

¿Cómo escuchar? El trabajo de Javier Llausás en Sinaloa nos demuestra la importancia de recuperar una democracia participativa en la que la

comunidad decida. Su visión también refleja la urgencia del momento que vivimos y la necesidad de trabajar soluciones ahora y no perdernos en el debate: hay que ser prácticos. También nos demuestra que las soluciones tienen que venir de alianzas multisectoriales; hay que unir las piezas de un rompecabezas en el que participan todos los niveles de gobierno, empresarios, académicos, luchadores sociales, periodistas, medios de comunicación, y ciudadanos de a pie.

Al hablar de la violencia —de las violencias— nos enfocamos en sus múltiples causas, económicas, sociales y políticas, en sus orígenes, su presente, y su persistencia. ¿En qué momento hablar de paz y de reconciliación si la violencia continúa, si se manifiesta de tantas formas? La temporalidad de las respuestas y soluciones que se han planteado responde a la urgencia de ver que se suman cada día más personas a las cifras de más de 100,000 muertos, 28,000 desaparecidos y 300,000 desplazados; pero también un horizonte más largo que busca soluciones estructurales. Los luchadores sociales y las familias de las víctimas que no ceden al cansancio de caminar y al dolor de repetir su historia una y otra vez, dejándonos claro que no podemos esperar, que tenemos que escuchar y responder ahora y después, desde todos los frentes posibles.

No podemos esperar a que se terminen las violencias. Miles de familiares siguen enfrentando abusos, discriminación, promesas incumplidas. Tenemos que hablar del duelo que viven.

ciliación si la violencia continúa, si se manifiesta de tantas formas? La temporalidad de las respuestas y soluciones que se han planteado responde a la urgencia de ver que se suman cada día más personas a las cifras de más de 100,000 muertos, 28,000 desaparecidos y 300,000 desplazados; pero también un horizonte más largo que busca soluciones estructurales. Los luchadores sociales y las familias de las víctimas que no ceden al cansancio de caminar y al dolor de repetir su historia una y otra vez, dejándonos claro que no podemos esperar, que tenemos que escuchar y responder ahora y después, desde todos los frentes posibles.

Las vidas de los familiares de cientos de miles de muertos, desaparecidos, desplazados y exiliados han cambiado de manera fundamental. Sus planes, su futuro, están en pausa. Están en la lucha pero también en el limbo de no saber dónde está un familiar desaparecido, en el dolor permanente que provoca la falta de justicia por un feminicidio, un homicidio, o la búsqueda incompleta de un desaparecido. La vida se detiene. Y para construir eso que se ha llamado la cultura y la economía de la paz tenemos que reparar ese daño inconmensurable que toca de forma directa a las familias incompletas, pero que también nos toca a todos como comunidad. No podemos esperar a que se terminen las violencias.

Miles de familiares siguen enfrentando abusos, discriminación, promesas incumplidas. Tenemos que hablar del duelo que viven y del duelo en el que debemos ser partícipes como sociedad. Escuchar a los familiares, llorar a esos muertos que son nuestros, es parte del proceso de entender cómo se han ido desgarrando los hilos que nos atan como comunidad. Escuchar nos permite construir la solidaridad como un lazo permanente que ata a la comunidad, como lo describe Rossana Reguillo; ese lazo que nos permita reconstruir el tejido social.

Hay esfuerzos muy concretos para avanzar en proyectos de reparación, reconstrucción, reconciliación y recuperación del espacio público. Salir a marchar, sentarse en la plaza a bordar, renombrar una calle, pintar un mural, resignificar un terreno o un parque para hacerlo un lugar de duelo, un lugar de llegada para las familias, y un lugar de tregua para todos. Espacios de memoria como los que describe Fernando Ocegueda en Tijuana nos permiten escuchar y entender lo que sucedió ahí, recordarlo, hacer duelo, y también entender por qué sigue sucediendo. En los terrenos en los que disolvía cuerpos “el Pozolero”, espacios que las familias buscan recuperar para dignificar la memoria de las víctimas, es evidente la pobreza, la falta de oportunidades, la ausencia de solidaridad entre víctimas y comunidades, y la presencia constante, vigilante, amenazante del crimen organizado. Es ahí donde aprendemos a escuchar, a ver, y a crear espacios en donde los diálogos no se apaguen. Espacios donde los jóvenes encuentren otras posibilidades, espacios en donde se encuentren comunidades. Que no sea nada más en la eterna sala de espera del Ministerio Público donde se conozcan los que comparten el dolor y la urgencia de hacer algo.

Si escuchamos, si atravesamos ese dolor —como lo han hecho quienes siguen luchando contra la impunidad y la corrupción— podemos identificar los caminos que va trazando la construcción de la paz positiva, como

Hay esfuerzos muy concretos para avanzar en proyectos de reparación, reconstrucción, reconciliación y recuperación del espacio público.

le llama Llausás. Son cambios graduales, pero pasos al fin, que necesitan voluntad del gobierno, pero sobre todo de la sociedad. Recursos y presencia para recuperar espacios: el parque, la playa, el pasto que se ha secado; cambios en el discurso de algunos medios de comunicación que reproducen violencias, como los que han logrado Silvia Núñez y muchas otras mujeres; órdenes de cateo para reforzar los esfuerzos de ciudadanía forense; protocolos de tipificación del delito, de búsqueda y recuperación de restos en los que la responsabilidad de proporcionar evidencia y datos no recaiga solo en los más afectados, quienes han tenido que aprender lenguajes y actividades que no tendrían por qué haber aprendido.

Los familiares no tienen por qué ser quienes compren palas y saquen los restos humanos disueltos en ácido de una fosa, quienes arriesguen la vida para ir a excavar buscando restos óseos en los cerros; quienes se acostumbren a recibir amenazas de muerte cuando salen a las calles a buscar respuestas; pero lo hacen porque la autoridad no responde, y si lo hace, muchas veces lo hace mal o tarda demasiado. Hemos perdido la confianza en las instituciones del Estado y, aun así, hay que pensar en los diferentes componentes del Estado e identificar los ejemplos del trabajo que se ha logrado entre sociedad, gobierno e instituciones en algunos lugares. Es desde ahí, desde estos ejemplos de tenacidad, de creatividad y de comunidad, en donde hay esperanza, en donde se le enseña y se le exige al gobierno, a las instituciones del Estado y a la sociedad cómo escucharnos, cómo darle significado a esa paz que anhelamos.